

## POMPEYA

Mi viaje es sin duda demasiado rápido para que yo recoja en las blancas ruinas de Pompeya la sensación que á otros han producido.

Las ruinas de Roma están pesando aún sobre mi cabeza : las columnas del *Forum*, aisladas, escuetas, altísimas ; los tres gigantes arcos de triunfo ; las bóvedas negras y musgosas de la basilica de Constantino ; la masa enorme, triste, muerta, con sus crestas llenas de melladuras, de las termas de Caracalla ; el Coliseo ; la columna del Foro Trajano, con su imagen colosal de San Pedro en la cúspide ; bóvedas tumbadas ; arcos rotos suspendidos en el aire ó apoyados los unos en los otros ; profundidades llenas de sombra húmeda en que crecen yerbas que se me antojan murciélagos del mundo vegetal... Y, sobre todo eso, el espíritu que flota, el espíritu de los siglos que lo anima, y que me parece sentirse andar por el fondo de las obscuridades, hosco, sombrío, amenazante.

Todo eso es pavorosa historia de piedra : Roma



que funde en el crisol de su pujante vida á la Etruria y á la Grecia; mezcla el arco y la bóveda etruscos á la nitida linea arquitectónica griega; retuerce, combina, sobrepone é infunde aliento de gigante á los estilos timidamente elegantes del arte helénico. Estos se adaptaban al templo de una esbelta diosa de mármol, Venus ó Diana; pero eran insuficientes para satisfacer al pueblo que debia refundir el mundo entero en si, todos los hombres, todos los dioses, tras de cuyos escombros habia de surgir la mañana eterna de la cruz.

Ese es el concepto de ruina que yo traigo en la mente: huella de siglos sobre montones de escombros; pero de escombros que han medido sus fuerzas con el tiempo y los hombres; que han luchado con ellos cuerpo á cuerpo, y han quedado heridos ó hechos pedazos, pero sudorosos y casi palpitanes aún, como miembros de un gigante que, aun á través de la muerte, mira ceñudo.

Pompeya no es eso: es una ciudad romana, no monumental, conservada en ceniza del Vesubio durante diez y ocho siglos. La han desembalado después, rompiendo la costra sólida de tierra vegetal que la cubria, y desmoronando enseguida con cuidado la piedra pomez y la ceniza que constituian su envoltura interior.

Es un fenómeno interesantísimo, un tesoro para el arqueólogo. Es un helado misterio para el poeta.

Sobre las ruinas de Pompeya se medita; sobre las de Roma parece que se ve meditar á la ruina misma; ésta habla, dicta claramente.

Pompeya es muda, cuando se tiene en el oído la voz del Coliseo.

El año 79 de nuestra era, existía la ciudad al pie del Vesubio. Era una ciudad de provincia, una villa nueva de recreo, pues, 16 años antes, habia sido casi arruinada por una erupción, y la estaban reedificando cuando el volcán la amortajó definitivamente en sus cenizas.

Cayeron éstas, primeramente, como ligera nieve de fuego, y los hombres huyeron al resplandor de la roja mirada del volcán despierto á media noche por un ensueño pavoroso. Vino después una lluvia de piedra pomez, con el peso suficiente para derribar los techos de madera calcinados, sin derribar los muros de los edificios; y, por fin, la lluvia y las lavas formaron á la espesa pero ligera envoltura de cenizas una costra sólida en forma de colina, que fué cubierta al fin por la tierra vegetal.

En esa colina brotaron las flores de diez y ocho siglos; y abrió en ella surcos el labrador; y sembró; y la tierra fué cubierta de espigas y de parras; y el pastor apacentó en ella sus ganados.

El viejo Tiempo se olvidó de la ciudad desterrada del cielo y de la tierra; en sus calles no pudo poner ni una mancha de musgo; no pudo colgar una rama de hiedra en sus cornisas, ni en el fuste de sus columnas casi intactas; no pudo hacer llegar su mano amarilla hasta el blanco esqueleto de la



muerta amortajada en cenizas como una penitente sin redención.

Pompeya era una griega que se había arrojado en los brazos del César romano moribundo y en descomposición; pálida flor de estercolero, de agrio perfume y vida efímera, de estambres sin polen, de ovario sin gérmenes.

Su arquitectura no era griega, (aunque el estilo griego predominaba en sus edificios más notables), porque, al mezclarse á la romana, perdió su transparente nitidez (el monumento griego era pequeño), sin adquirir grandiosidad. No era romana: no sólo por la falta del arco y la bóveda, sino porque precisamente lo grandioso es lo que da á las ruinas de la arquitectura romana su fuerza, y su carácter, y su voz.

La impresión que se recibe al entrar en Pompeya es rara; no es de admiración, no es de melancolía, aunque es triste. Más que la ruina de una ciudad, me pareció una ciudad extraña en construcción ó en demolición. Contribuye á ello la circunstancia de verse por allí materiales é instrumentos destinados á conservar las excavaciones ó á continuarlas: carros de mano, picos, palas, cal.

La idea de lo vetusto, de lo venerable, no se despierta allí espontánea.

Se recorren calles angostas con limpio pavimento de losas irregulares de lava, y aceras altas de piedra desgastada y resbaladiza. Para pasar de

una á otra acera, existían y se conservan dos ó tres piedras cuadradas que cruzan la calle á la altura de las aceras. Sólo un carro podía, pues, recorrer la calle haciendo pasar sus ruedas por entre una y otra piedra cuadrada. No serían tampoco aquellos muy numerosos. Había esclavos y los caballos podían ser cónsules.

Las casas de ambos lados, por lo general de un solo piso, se mantienen á la altura de los techos que desaparecieron. Los huecos de las puertas y ventanas conservan algunos los travesaños superiores ó dinteles que soportaban la continuación de la pared, hoy rota; en otros han desaparecido aquéllos, y quedan sólo los pies derechos á ambos lados del hueco. La calle es una serie de lienzos ó entrepaños de muro roto y agujeros cuadrados.

El interior de las casas, formado también por paredes ó columnas truncas, se aprecia con toda exactitud, pues hay muchas en que los muros se conservan íntegros hasta la altura de los techos, y completas las columnas hasta el chapitel: son generalmente dos patios rodeados de columnas y habitaciones pequeñas sin más luz que la de la puerta: el *atrium* y el *peristylum*. Las viviendas de los magnates son más amplias, pero de análoga construcción: en ellas se ven aún los pisos de mosaico, las columnas dóricas ó jónicas de los pórticos que circundan los patios, las habitaciones de paredes de fondos rojos recuadrados de orlas negras, en cuyo centro lucen pintados edificios de fantasía sostenidos por frágiles columnillas, figu-



ritas. flotantes de tonos claros y transparentes, danzadoras. aereas, amorcillos, Neptuno y Apolo que construyen los muros de Troya, Adriana y Baco, una Nereida acostada sobre un monstruo marino, un grifo ó cariátide en el centro del cuadro rojo.

Todo ello da exacta idea de la vida que hacian entonces los romanos, y que no es mi ánimo detallarte ahora.

Un amplio espacio abierto contiene las ruinas del Foro. Doble hilera de columnas dóricas de mármol blanco lo circundan; cuatro ó cinco permanecen de pie en un lado, integras como para recibir el arquitrabe; más allá hay otras rotas; en el otro lado una larga serie de bases alineadas. En medio de estas se hierguen una ó dos columnas solas que han permanecido como seres flacos y largos que se ponen de pie entre sus compañeros tendidos para siempre.

Allí la Basilica y el Templo de Venus: los mismos alineamientos de columnas muertas lo circundan. Parece que las unas, las rotas, se agachan; que las otras saltan ó se estiran; que las de más allá se esconden en la tierra sacando solo las cabezas, como si quisieran trepar arrastrándose por la escalinata de mármol que está á su lado.

Y más allá el templo de *Júpiter*, y el de *Augusto*, y el de *Isis* con sus escaleras secretas que permitian al sacerdote introducirse y colocarse detrás de la estatua de la diosa, para hablar en sus labios y mirar en sus ojos; y el *Anfiteatro*, y el *Odeón*,

y la *Escuela de Gladiadores*, y las casas de Baños ó Termas.

Entramos en una de las casas particulares des-techadas, la de Diomedes, ó de Cornelio Rufo, ó de Salustio; recorreremos sus patios con la fuente de mármol en el centro y rodeados de pórticos de columnas corintias; penetramos en las habitaciones interiores: en los comedores con sus mesas y triclinios; en los gabinetes reservados en que el vicio más grosero, allí en el seno mismo de la familia, ha dejado, como en otros muchos sitios de la ciudad desenterrada, su huella repugnante. Es Pompeya un esqueleto con pústulas, que, aún hoy, son capaces de inficionar el ambiente. *Putredo ossium*, que dice la sagrada Escritura: podredumbre de los huesos.

Como el agua del mar para borrar la sangre de las manos de Lady Macbet, no han sido suficientes diez y ocho siglos de ceniza para borrar del esqueleto de la ciudad greco-romana las manchas de corrupción que brotaban de su médula.

Hoy le han saqueado el cadáver, le han raspado el esqueleto, y se lo van mondando, á medida que tiran de él, dejándolo como un esqueleto de gabinete. Las estatuas y estatuillas de líneas griegas que poblaban sus foros y sus templos y sus patios y sus jardines: el fauno ebrio; el fauno danzante; los mosaicos; las pinturas de los muros; las vasijas y cascos de gladiadores; las joyas; casi todo ha ido á enriquecer los museos, especialmente el magnífico de Nápoles.



Hasta los cadáveres de sus habitantes muertos en la erupción se ven en el pequeño museo que se visita á la entrada de las ruinas. Esos cuerpos se ofrecen á la vista en la actitud en que estaban al quedar inmóviles para siempre; la ceniza que los envolvió y se endureció sobre ellos formó un verdadero molde que, relleno despues de yeso, dá la reproducción exacta del cuerpo que allí dejó la huella de sus músculos crispados por la agonía. Los huesos que forman el núcleo de esas figuras conmovedoras asoman amarillentos por entre la blancura del yeso, ya en las articulaciones de los dedos, ya en algun pedazo del cráneo, ya en las puntas de los pies de uñas retorcidas.

Cruzamos la ciudad al través de las ruinas; atravesamos las calles pavimentadas de lava, desiertas, color de ceniza, en las que reverbera el sol. Vamos siguiendo las rayas de sombra casi azul ó carminosa que proyectan las paredes sobre el suelo, para evitar el peso de un sol de fuego. Llegamos, por fin, al limite actual de las excavaciones.

Aquí se ven claramente los dos pisos: el bajo en que caminamos por el pavimento de Pompeya, el de diez y ocho siglos atrás; y, cuatro ó cinco metros mas arriba, el del suelo actual de la campiña sembrada cortada verticalmente, y que se sigue cortando para continuar la exhumación de la ciudad. Sorprende el notar tan poca diferencia

de altura entre uno y otro plano; no se concibe cómo esa pequeña capa de ceniza y lava y tierra, que hoy se desmorona con el pie, ha ocultado al mundo durante tanto tiempo el misterio de Pompeya.

Subimos á la altura del suelo actual y allí, de pie en el borde mismo del corte vertical de la excavación, el espectáculo es indudablemente original, único. No sé si es triste; hace cruzar los brazos ó inclinar la cabeza. El Vesubio, erguido á nuestro lado, á nuestra derecha, humea; allá á lo lejos, del otro lado de las ruinas que se extienden á nuestros pies, el mar azul, que un día llegó hasta la ciudad y ha huido de ella; alrededor, la llanura y las colinas verdes; y, frente á nosotros, cuatro ó cinco metros más abajo del suelo que pisamos, el de Pompeya en se que extiende la ciudad desenterrada. Allí, en primer término, bajo nuestros ojos, está la última casa sacada á luz á medias, y que se prolonga hundida en la tierra por debajo de nosotros: su patio rodeado de columnas, los pisos de mosaico, las paredes rojas orladas de negro con figurillas transparentes, el *atrium*, el portal con su *Cave Canem*, las cornisas y columnatas en parte desenterradas y en parte metidas aún en su envoltura de ceniza y piedra pomez. Y, á partir de esta casa que está bajo de nosotros, se extiende toda la ciudad, plomiza, derruida, muerta; sus calles, sus columnas, sus templos, su antiguo circo que se ve redondo y aislado en un extremo como un cráter de un paisaje lunar: las



crestas desgastadas de las paredes que suben, bajan, se interrumpen formando una línea sinuosa ribeteada de ceniza. Allá se distingue una serie de columnas que bordean un espacio cuadrado, una plaza; del otro lado una columna sola como un quejido aislado; un arco á lo lejos que atraviesa una calle, como un puente que cruza el lecho polvoroso de un río agotado por la seca.

Y se vuelve á mirar hacia abajo, y se ve de nuevo la casa que están desenterrando. *Salve*, está escrito en mosaico sobre el pavimento del *atrium*: los ciudadanos de Pompeya nos saludan. Un fauno transparente y una mujer desnuda, danzan, pintados sobre el fondo rojo de la pared, apenas cubierta de un polvo blanco. Más allá, en el otro lienzo de muro, los amorcillos juegan al escondite: una mujer de túnica blanca ofrece un sacrificio á Isis.

Y se mira el Vesubio; y se mira el mar azul allá á lo lejos...

Ese momento es hondamente melancólico. El sol reverberaba sobre las extensas ruinas, y proyectaba sobre las calles plomizas la sombra irregular de los trozos dentellados de pared que las bordean.

La más completa soledad nos circundaba. Solo un labrador araba la tierra en lo alto de la próxima colina.

Un viejo mendigo, salido no se de dónde, se acercó entonces á nosotros, tocando en una pequeña guitarra un aire napolitano.

Y cantaba con voz gangosa: *Funiculi funiculá*. Y arañaba furiosamente las cuerdas con movimientos de mono que trepa. ¡Lo raros que me parecieron el viejo y su guitarra y su música!

¿Quería hacer bailar mis impresiones al son de su *funiculi*? ¿Quería despertar á medio día los viejos muertos de Pompeya?

¡Ni al diablo se le ocurre ir á tocar la música allí!

Te aseguro que tengo aún en los oídos la melodía de aquella endemoniada guitarrilla:

*¡Funiculi funiculá!*



## NÁPOLES

Mañana, después de algunos días pasados en Nápoles, regresaré á Roma. De allá te comunicaré mis impresiones de arte en los museos. Las del Nápoles quedan en incubación en mi mente, y me predisponen á recibir las del Capitolio y Vaticano de Roma.

Pero ahora tengo que escribirte algo; no debo perder mi día. Copio, pues, de mi imaginación, y de mi libro de apuntes, la última mancha de color que encuentro aún fresca. El original es bellissimo. Está aquélla esbozada en la Via Caracciolo de la que vengo en este momento. Es esa Via el paseo de carruajes que se extiende á orillas del golfo; el paseo aristocrático de las tardes de Nápoles.

Lo recorro en coche.

El sol se pone tras las montañas á espaldas de la ciudad; sus últimos rayos, atravesando el aire



del golfo, van á tocar las rocas acantiladas de Capri y de Sorrento, dándoles una entonación gris violeta. Una nube larga, color de nácar en el centro, azul, que se confunde con el tono del monte, en el borde inferior, y de oro vivo en las orlas altas, se atraviesa horizontalmente en el tercio superior del Vesubio. Sobre la franja de oro escarmenado de la nube, asoman las dos cabezas del monte, de un gris obscuro; una de estas humea.

El golfo está tranquilo, muy tranquilo; todos los montes que lo circundan aparecen envueltos en sus propios alientos azules plomizos.

Por la calle que se extiende á orillas del agua, circulan los carruajes con sus escudos heráldicos, coronas ó cifras en las portezuelas. Las hermosas napolitanas se reclinan muellemente en los almohadones de los unos; en los otros se mueve el simpático grupo de familia: la madre rodeada de los niños de cabecitas rubias que asoman sonrientes. El tieso lacayo va allá sentado en la traserá del rápido faetón; su dureza de tronco de árbol lo hace descollar sobre el conjunto; parece una cosa con sombrero de copa alta y botas de vueltas rojas.

En cambio, los visitantes extranjeros, ingleses y alemanes sobretudo, no pueden confundirse: ahí van en sus coches de plaza, con sus carteras de viaje cuya correa de charol ó de cuero amarillo les cruza el pecho, del hombro á la cintura.

Todo va, y viene, y vuelve á pasar, recorriendo la curva del golfo. Por la rapidez con que cruzan

algunos carruajes, se dijera que los que los ocupan van á algo muy urgente. Ese jóven elegante, sobretudo, que guía su faetón y apremia con la fusta á sus caballos, debe de ir muy ocupado; tiene urgencia en llegar al final del paseo, para regresar de nuevo á toda prisa, y emprender otra vez la premiosa jornada.

Pero el aire y el cielo y las vagas lejanías son los protagonistas de este cuadro esbozado en el azul.

El cielo del poniente, á espaldas de la ciudad, concentra ya en sus nubes todo el brillo del crepúsculo: es un acinamiento glorioso de azul, rosado obscuro, anaranjado vivo: todo vago, confuso, pero con orlas y escamas de oro ténue, flotante, que, poco á poco, comienza á palidecer, como una brasa á la que va apagando la ceniza, hasta disolverse en el cielo ya transformado en un conjunto de pequeños copos plomizos. Tal se disuelve el encaje de espuma en la onda azul, cuando la ola levantada por la nave se disipa sobre el mar sin playas.

Los carruajes, que han corrido hacia un extremo del paseo, ya no regresan. La concurrencia se enrarece. Nosotros vamos ya quedando de los últimos, silenciosos, dejando rodar lentamente nuestro coche.

Damos nuestra última vuelta de regreso á la ciudad, cuando todo está en calma. Sólo se ve en el paseo uno que otro carruaje rezagado, con su



dueño reclinado con abandono en los almohadones.

La tarde cae : una niebla gris casi confunde el golfo con el cielo en el horizonte ; entre los hondos tules se ve aún, sin embargo, la línea sinuosa de los montes lejanos y, en primer término, con algún mayor vigor, las dos cumbres del Vesubio, completamente apagado.

Las campanas de la ciudad suenan, como lamentos dispersos. Se van encendiendo los faroles á lo largo del paseo : entre los árboles, entre la vegetación de los cerros que se han ennegrecido. Los puntos de luz aparecen y desaparecen ; se ve aquí una hilera de ellos que forma una curva nitida y regular en la falda, ó allá arriba, en la cumbre del cerro en que se esfuma la ciudad ; más allá, las lucecillas se apiñan en un grupo irregular como una banda de luciérnagas posada en la obscuridad ; luego corren pestañando en una línea quebrada ; y al final, hacia el Pausilipo, se derraman en una mancha de luz pálida.

La obscuridad, que avanza, les va dando mayor intensidad y soledad mayor ; pero esa obscuridad que baja y se refugia en las honduras, no se inculca en el cielo, que permanece siempre azulado ; dentro de él andan las estrellas, que pronto se asomarán á sus nubes.

Ahi quedan, inmóviles en el golfo, las velas de algunas barcas pescadoras. Son la postrer nota que suena en mis ojos al volver la cabeza por última vez, para mirar el paisaje que se borra,

cuando mi carruaje cambia de dirección para meterse en las calles de la ciudad. Esas débiles notas blanquecinas quieren concentrar en sí toda la melancolía de la tarde que fué, y que parece sepultada en mi espíritu para resucitar, sombra amiga, en mi memoria, y llevarte un recuerdo amable.

Casi sin ver, porque la luz se ha ido, trazo esta mancha de color tenuísimo para ti. Media hora bastaría para desvanecerme por completo.